

corazon, comprendió que su ida debía ser fatal para ella.

La marquesa iba con unos pliegos en la mano, y la satisfaccion rebosaba en sus ojos.

—Ven, hija mia, la dijo; mira, estos pliegos son las dispensas del Prelado para que se celebre tu casamiento.

—Madre, celebrareis mi boda y mi entierro en un dia.

La marquesa tembló interiormente.

—Mañana saldrás del convento.

—No puede ser, madre; estoy muy mala.

—Por eso, porque vas á morirte aquí.

—Eso quiero, vivir y morir en Dios.

—Mañana vendrás á tu palacio, tu padre llegará dentro de pocos dias y apadrinará las bodas.

—Dejadme que acabe aquí los pocos dias que me restan.

—¡Hasta mañana!

La ira de su madre, pintada en su amarillento rostro, contrajeron las facciones de doña Ana, oprimieron su corazon, crisparon sus miembros de tal suerte, que hubiera caido al suelo, á no aparecerse el confesor, en el cual se apoyó, como apóyase el árbol que nace sobre el carcomido tronco del que muere.

—¿Venís á confesarme?

—Vengo á traeros una buena noticia.

Doña Ana se incorporó un poco, dibujándose en sus lábios una leve sonrisa.

—¿Qué me traéis?

—Las bulas de Su Santidad.

—¿Accede á mi peticion?

—En todo.

—Gracias á Dios, y cayó de rodillas.

Su Santidad, informado de aquella extrema- da resolucion, no vaciló en acceder á sus deseos, y le envió el Breve. Esto alentó su vida por el momento y le hizo concebir esperanzas que fueron ilusorias, como veremos más adelante.

III.

A la mañana siguiente se presentaron en e convento de Madre de Dios, la marquesa, doña Francisca, el marqués de Zahara, y parte de la servidumbre para llevarse á doña Ana.

Esta no hizo gran resistencia, aconsejada por su confesor, y á causa de la debilidad que sentia en todo su cuerpo.

—Vengo por tí, la dijo su madre.

—Haré lo que vos queráis; me iré con vos y Dios sabrá lo que va á hacer conmigo.

—Necesitas los cuidados de tu madre y tu familia para que recuperes la salud perdida.

—Al Señor le pido que me ponga buena para bien de la religion y de mis padres.

—Y de tu esposo futuro, que está presente, y desca tanto como tú esa felicidad.

—Sí, cuando me ponga buena pensaremos en eso; ahora pensemos en Dios.

—Ven, hija mía, apóyate en mí y en tu madre.

—Señora, si os puedo servir...

—Dios os lo premie, marqués. Dejadme que me despida de mis hermanas.

Doña Ana volvió á entrarse con paso lento, y su despedida fué un duelo general. Las monjas lloraban y la abrazaban con efusion.

Doña Ana de Castro dijo que se salia con ella, y no hubo quien la contuviera. Abrazada á doña Ana, sólo la dejó cuando ésta se abrazó á Francisca Cortés, y la dijo:

—¿Y tú, qué quieres, paloma mía?

—Nada; todo me resta en el mundo: queria vivir á tu lado ó morir contigo: no puedo salir porque he profesado, pero al separarme de ti, se separa mi alma de mi cuerpo.

Se nos habia olvidado decir, que Francisca Cortés habia profesado hacia un año, que fué lo que más deseos inspiró á doña Ana.

—Una hora estuvieron abrazadas ésta y la Cortés sin hablarse, ni más que mezclar sus lágrimas: los sollozos las ahogaban y los suspiros de las dos se confundian.

Al separarse, doña Ana cayó en brazos de su madre, y la Cortés en los de las otras monjas, diciendo entre gemidos:

—¡Ya no la veré jamás!

Salieron del convento llevando casi en brazos á doña Ana entre su madre y su tia, tardando media hora en los ochenta pasos que dista Madre de Dios del palacio de Sessa.

Entónces, como ahora, sólo mediaba entre los dos edificios la plazuela llamada hoy de las Monjas, que hasta entónces habia sido plaza de Armas.

No pasaron veinticuatro horas sin que mandase á preguntar al convento por el estado de su querida hermana Francisca. La contestacion fué que estaba con una fiebre devoradora que la llevaba al delirio, en que sólo pronunciaba los nombres de Dios y de Ana.

Esta sufrió horriblemente con la noticia, pero estaba tan débil, que apenas podia moverse.

La verdad es que la jóven habia caido en una profunda postracion, y que su madre, alarmada, se la llevó á su casa para ver si con sus

cuidados y esmero, y las caricias suyas y de su tía, podían contener los progresos del mal.

Cuando Ana se vió en su casa, su desaliento llegó á un término desesperado, y nada podía distraerla, siendo inútiles todos los consuelos de la familia y los remedios de la ciencia: su demacración iba en aumento y estaba desconociendo aquel «rostro que era una de las maravillas del mundo» como dice un autor (1).

Dos nuevas aflicciones destrozaron su corazón y acabaron de minar aquella existencia delicada. Al mismo tiempo que le dieron á firmar las capitulaciones para su matrimonio, recibió la noticia de haber fallecido en el convento la monja á quien adoraba, la Francisca Cortés, á cuya muerte contribuyó mucho el estado en que veía á su queridísima Ana.

Francisca Cortés, presa de unas calenturas malignas, causadas por el disgusto de la separación de su querida hermana, en un momento de lucidez escribió á aquélla la siguiente carta:

«Queridísima Ana: acabo de recibir á Dios y me voy con Él; separada de tí, no me quedaba otro consuelo que buscar á mi esposo: reza por mí, tú que eres tan buena, que yo no te olvidaré;

(1) Gutierrez de Espejo.

te espero, que no tardes, adios, bendita mia, y hasta el cielo. —Francisca.»

Cuando doña Ana leyó esta carta, pidió ir á verla; pero la dijeron que dos horas despues habia dejado de existir; entónces exclamó:

—Ella me lo dijo: viviré á tu lado ó moriré cuando tú mueras. Ella ha muerto; yo debo morir.

—Calla, hija mia; tú debes vivir para tus padres y para Dios.

—Diré como el *Libro de Esdras*: «te pido, Señor, que me desates del lazo de este oprobio, ó por lo ménos me arrebatas de sobre la tierra.»

—No, no, mi vida; y su madre la abrazó.

IV.

Cuando leyó la carta y comprendió su desgracia y la de aquella pobre niña, sintió una convulsion histérica en todo su cuerpo.

Un parasismo general se apoderó de ella, y cayó al suelo casi sin vida. Un grito general resonó en la casa, y por todas partes no habia más que lágrimas y sollozos; el pueblo, consternado, acudió á su palacio prorumpiendo en gemidos de dolor. Los doctores Alejo de Cárdenas y Muñoz, que la asistian, apuraron los recursos de la ciencia, y ya iban á dar el tremendo fallo,

cuando al tercer día volvió en sí abrazada á un Crucifijo y repitiendo estos versos que ella habia compuesto poco ántes:

Dios mio, gracias te doy
 Infinitas, gloria mia;
 Tú eres mi norte, mi guia,
 Espérame, que ya voy
 A gozar tu compañía.
 Hoy sin temor ni recelo
 Podré levantar el vuelo,
 Pues el alma alegre toma
 Unas alas de paloma
 Para volar hasta el cielo.
 ¡Dios mio, quién tal pensara
 O quién jamás entendiera
 Que por tan rara manera
 Vuestra diestra conservara
 Mi vírgen alma hoy entera!
 Tengo por dichosa suerte,
 Que estendais el brazo fuerte
 Con tan eficaz remedio,
 De querer que sea el medio
 De mi entereza, mi muerte,

Abrazadas su madre y su tia á aquella bendita niña, no la dejaron continuar. Los besos de ambas ahogaron aquellas dulces palabras, y la debilidad de su estado casi suspendia su aliento, próximo á apagarse.

—Madre, dijo con resignacion, yo me voy; Francisca me llama.

—No, tú estás mejor, y Dios velará por tí.

—No podemos separarnos; ¿no leísteis su carta? Mirad, aquí lo dice: «Te espero, que no tardes.»

—Tú tardarás lo que Dios quiera.

—No, madre mia, esto se acaba.

—Mira, alíviate, ponte contenta; dentro de cuatro ó cinco días viene tu padre, y quiero que te vea tan hermosa como tú eres; él no te ha visto tan hermosa ni ha disfrutado tus caricias.

—Madre, que no tarde si ha de verme.

—¿Vas á descansar?

—Sí, pero ántes quiero darte un beso á tí y otro á mi tia. ¡Os quiero tanto!

Su doncella Ana de Castro, que no se separaba de su cabecera, no hacia más que llorar: entónces la dijo ella:

—No llores, Ana: yo me voy con mi Esposo, voy á celebrar mis bodas, pero muy léjos, muy léjos... adios.

Y la niña se durmió miéntras Ana la besaba, regándola con sus lágrimas.

V.

Una de las cosas que más le molestaban á doña Ana, eran unas llagas de las piernas que le producian agudos dolores.

Los médicos trataron de ponérselas en curacion, pero ella dijo:

—No, no quiero; primero morir.

El pudor de la doncella se rebelaba contra el acto de enseñar nada de su cuerpo.

—Hija mia, por Dios, ten piedad de tu madre.

—Madre, déjame descansar, que pronto te dejaré yo.

—No quiero que te mueras; ¡te quiero tanto!

Y su madre besó aquella frente de azucena.

Los médicos se retiraron al ver su resistencia, desistiendo de curarle las llagas.

En aquellos momentos entró su confesor fray Juan Bautista.

—¿Me voy á morir ya? le preguntó con alegría.

—No os vais á morir, pero vengo á confesaros, porque sé teniais empeño en ello, y vengo á deciros que es preciso os dejeis curar.

—Padre, pero si me voy á morir, ¿para qué es martirizarme inútilmente? Por Dios lo haria,

que más padeció por nosotros; pero por mí ni por las gentes, no lo necesito.

El confesor no quiso molestarla más.

Confesóse con la mayor resignacion, y luégo que acabó, le dijo al afligido sacerdote:

—Ya veis el valor con que voy á presentarme ante Dios; nada me impone ni acobarda; estoy resignada á todo; es más: la muerte la recibiré con la mayor alegría por ser un don que me manda el Señor, y ya que no pude ser su esposa, quiero ser su esclava.

—Y bien, niña, ¿qué queréis?

—Que no me engañeis en este solemne acto; que me digais la verdad, á pesar de que la adivino en vuestro rostro, modelo de sinceridad y nobleza.

—Yo no sé mentir.

—Decidme cuándo me moriré; los médicos me han engañado y mi madre tambien; vos sé que me direis lo cierto.

—Bueno; segun creo, dentro de tres dias habreis dado cuenta á Dios de vuestro tránsito por la tierra.

Un rayo de alegría se dibujó en los ojos de la niña, y sus labios murmuraron un eco de gratitud para el virtuoso sacerdote que así le abria su corazon.

El confesor fijó sobre ella una mirada de

compasion, sintió su pecho oprimido como por una losa de plomo, y salió.

Ana demostró entonces un valor casi divino; su hermosa figura, aunque pálida y demacrada, tomó un aspecto imponente, porque sus ojos revelaban toda la grandeza de su alma.

—¿Quieres algo? le preguntó su madre, que entraba.

—Dame ese Crucifijo que está á la cabecera de la cama.

—Te vas á entristecer más.

—No, él me consolará: ¿no ves que tiene los brazos abiertos para recibirme en su seno?

—Tómalo, hija mia, y pídele con fervor te salve.

La niña lo estrechó contra su pecho despues de besarlo, y miéntras murmuraba una santa oracion.

Su madre, sentada á la cabecera, se enjugaba los ojos de vez en cuando, secundada por la doncella.

VI.

Al amanecer del dia siguiente salió del palacio de Sessa, triste y abatido, el confesor fray Juan Bautista.

Poco despues entraba *Su Majestad* en el pala-

cio con el rango y la pompa que nunca se habia visto.

Más de ochenta sacerdotes iban en aquella procesion, y sobre quinientas luces del pueblo que iba en masa.

Dofia Ana de Córdoba acababa de confesar por segunda vez y estaba preparada para recibir el Santísimo Sacramento.

El palacio estaba lujosamente adornado: cortinajes, pabellones, lámparas, pebeteros, y sus galerías y escaleras cubiertas por alfombras y tiestos de flores.

Un altar, cubierto de brocado y alhajas de plata y oro, se destacaba al fondo de la habitacion de la enferma, iluminada por más de doscientas luces.

Antes de entrar la *Majestad* cogió el Crucifijo y le recitó la siguiente poesia que habia compuesto hacia pocos dias:

Dulce esposo de mi alma,
 ¡Cómo se turba la alma
 Del alma á quien vos regís!
 ¡Cómo, Señor, permitís
 Que yo no alcance esta palma?
 ¡Cómo, Señor, no dais muestra
 Del celo que el pecho os mueve?
 ¡Quién habrá que el hecho apruebe,
 Si la esposa que ya es vuestra

Permitís que otro la lleve?

No entiendo yo que su pecho
Lugar le diera á tal hecho,
Esforzar de suerte el brazo
Que nadie os ponga embarazo
A lo que teneis derecho.

Mas, pues resistir no puedo
Por ser vuestra voluntad,
Bien sabéis vos la verdad,
Que sólo me rinde el miedo
De perder vuestra amistad.

Y es bien que así me corrija
Para que yo no me aflija,
Si en ocasion tan forzosa
Renunciare á ser esposa,
Por no dejar de ser hija.

Y si en esta soledad
La virgen fuera casada,
Perdiendo la fé jurada
Por ser vuestra voluntad,
Tendré corona doblada.

Por ahora yo me allano,
Dejándolo en vuestra mano;
De vos me fio, mi Dios,
Y prenda tengo de vos
Que no ha de salvarme en vano (1).

Apenas concluyó de recitar esta poesia, reci-

(1) Todas estas poesías las trae Gutierrez de Espejo en su historia

bió con el mayor fervor los Santos Sacramentos, revelando siempre su cristiana resignacion.

La madre, angustiada, que no se separaba un instante de ella, así como su tia, la besaron con efusion.

—¿Qué quieres, hija mia, ahora? la dijeron.

—Quiero descansar.

Cuando las dos salieron, rezó sus santas oraciones, se abrazó al Crucifijo y se quedó dormida como si la muerte hubiese suspendido sus rigores; como si el alma hubiese entrado en el paraíso.

Tres horas despues, despertaba en medio de una agitacion convulsiva.

Sus ojos parecian, como dice un escritor, dos cristales empañados.

Su madre y su tia se alarmaron y mandaron por los médicos, que estaban en una habitacion contigua.

—¿Qué es esto, Muñoz?

—Señora, la agonía, dijo bajo.

La madre se desmayó, y la tia vaciló y cayó sin sentido.

La niña no se apercibió de nada, pero comprendiendo su estado, dijo:

—Francisca me lo escribió: «Somos dos almas gemelas que no pueden vivir la una sin la otra,» por eso van á juntarse ya.

VII.

Por la mañana amaneció mejor: los médicos opinaban como antes.

—Te traigo una visita, le dijo su madre contenta.

—¿Quién es esa visita?

—Míralo, el marqués de Zahara.

—Tarde habeis llegado, marqués.

—Vengo á despedirme.

—Sí, nos vamos á despedir para siempre.

—Voy á la guerra.

—Y yo voy á la paz.

—Señora, Dios querrá...

—Que seais tan dichoso en ella como yo lo seré allí.

Y la niña señaló al cielo.

—Tomad, añadió, este rosario bendito, para que recordeis este trance postrero; él será un escudo que os libre de golpe enemigo en las batallas. Yo pediré á mi esposo por vos, y si os merezco algun recuerdo en la vida, no tengais resentimiento conmigo, os quiero mucho; pero mi felicidad no estaba en vuestro cariño: estaba en los brazos de mi Dios. Por él he llorado hasta la muerte, no lloreis vos por mí, sino alegraos de esta felicidad.

—Nunca os olvidaré: este rosario será un recuerdo perpétuo de gratitud; perdonadme si yo os pude ofender; érais muy hermosa, érais un ángel en la tierra y por eso os vais al cielo; perdonadme que pusiera los ojos en un ángel, cuando los ángeles son de Dios.

—¡Ay, marqués! no tengo de qué perdonaros: érais bueno, pero llegásteis tarde á mi corazón.

—¿A los quince años era tarde?

—Llegó Jesucristo ántes, y es un esposo que se apodera del alma; el cuerpo no sirve para nada: adios, y sed feliz en la tierra; yo lo seré al lado de mi esposo, donde están todas las felicidades reunidas.

—Adios, señora; la dicha no estaba para mí.

—Y el marqués se alejó con los ojos empañados por las lágrimas.

Aunque era jóven y valiente, su corazón se conmovió al ver por la última vez aquella ilusión de su vida que se desvanecía como el humo al soplo del viento: habia aprendido á llorar.

Al salir, besó el rosario y arrojó sobre la enferma una mirada de dolor más expresiva que un ¡ay! del alma.

La niña quedó con los ojos fijos en su Crucifijo, murmurando una oracion: quizás le pediria por el marqués.

VIII.

—Padre, ésta confesion será la última de mi vida; mis fuerzas se acaban y mi espíritu se va: esto ya toca á su fin.

Doña Ana acababa de confesar por tercera vez en tres días.

—¡Quién sabe, hija mía!

—Vos lo sabeis: me habeis dicho que tres días, y se cumplen hoy.

—Sólo Dios es infalible.

—Tomad esta llave: es de un cofrecito de hierro que hay á la cabecera de mi cama. ¿Me prometéis no abrirlo hasta que yo muera?

—Sí, hija mía.

—Ese cofre, y lo que encierra, lo aprecio más que mis Estados de la tierra, que dejo sin pena ni sufrimiento.

—Se hará lo que queráis.

—Mirad, padre, deseo que me entierren en el convento de la Madre de Dios á los piés de Francisca Cortés. Quiero dormir con ella el sueño de la muerte: ya que no pude ser religiosa en vida, quiero serlo en el sepulcro. Allí estaré con todas mis hermanas las monjas. Disponed también que me vistan con un hábito humilde de San Francisco.

—Respondo de que todo se hará como queráis.

El sacerdote le echó la bendicion y salió diciendo:

—Los ángeles no paran en la tierra; mañana estará en su paraíso.

Ella se abrazó al Crucifijo exclamando:

Esposo del alma mía,
Mi estrella, mi norte y guía,
Espejo en que yo me miro,
Divino blanco á do tiro,
Y centro de mi alegría,

Al rayo de vuestra luz
A vos tiro en campo franco,
No quedará el brazo manco
Cuando tira, pues en cruz
Ya tengo clavado el blanco.

Que vuestra suma afliccion
Os dió tal disposicion,
Que con un sólo suspiro
Hace el alma cierto el tiro
Con que os clava el corazon.

De vuestro vital aliento
Dadme una prenda sabrosa
Con esa boca amorosa,
Que este grande atrevimiento
Me dá ver que soy tu esposa.

*Que en ese seno precioso,
Como en tálamo óchoso*

Tencis abiertos los brazos
 Para darme los abrazos
 De amorosísimo esposo,
 ¡Oh boca, oh lábios divinos!
 Mucho os pido y sin razon,
 Perdonad á mi afliccion,
 Que amorosos desatinos
 Merecen algun perdon,
 Siquiera divinos brazos
 Echadme amorosos lazos
 Porque ya á vosotros llague,
 Y así humildemente os ruegue
 Me admitais estos abrazos.
 Dadme vuestra bendicion
 En este trance postrero,
 Que aunque estais en el madero,
 El dalla de corazon
 No lo impide el clavo fiero.
 Y de esa divina fuente
 De vuestro costado ardiente,
 Dadme un trago dulce y largo
 Para endulzar el amargo
 Con que la muerte se siente.
 Mas yo, con vuestra licencia,
 De estos piés lo tomaré
 Y con él recibiré
 El convite de paciencia,
 Prenda y premio de mi fé.
 Para con él, esforzado,
 En este mortal estado,

Pues fenecen ya mis dias,
 Llegue más presto que Elías
 Al monte de Dios sagrado.

Un grito desgarrador siguió á estos versos.
 Su madre, su tia y las doncellas, entraron precipitadamente y la encontraron retorciéndose en una convulsion histérica y nerviosa, mientras decia:

—Ahora amanece para mí: hasta hoy he vivido en un sueño profundo.

—¡Hija de mi corazon! gritó su madre, besándola con delirio.

Entonces sintió que un sudor frio corria por su frente.

—Besa, besa ese Santo Cristo y pídele tu salud; besa esa llaga de su costado.

—Madre, pronto lo besaré en el cielo; le pediré que te dé paciencia para arrostrar tantos males. No llores; alégrate mucho; que yo me voy á vivir con mi Esposo; allí te esperaré y le rogaré te bendiga.

Y su cuerpo temblaba convulsivamente, y su vista vagaba por los espacios como buscando otro mundo mejor.

—Madre, la mitad de mi dote repártelo entre los pobres y necesitados, porque Dios dice en el libro de Esther: «La limosna servirá de gran confianza delante del sumo Dios á los que al